

# La vida de Juan Pablo II y su virtud heroica constituyen un testimonio extraordinario para el mundo

*por el Caballero Supremo  
Carl A. Anderson*

Estoy seguro que todos sentimos una gran alegría al enterarnos que el Papa Benedicto XVI beatificaría a Juan Pablo II el 1° de mayo de este año, Día de la Divina Misericordia.

Sin duda, Juan Pablo II aparecerá en los libros de historia como uno de los grandes papas de todos los tiempos. Su papado se caracterizó por un legado de grandes realizaciones, desde sus contribuciones teológicas, sus acciones que ayudaron terminar con el comunismo y llevar libertad y unidad a Europa hasta sus viajes y la enorme habilidad de relacionarse con personas de todas las edades en cualquier parte del mundo. Los historiadores seguramente lo recordarán como un gigante que cambió el destino de continentes enteros — y lo hizo de forma pacífica.

Pero su beatificación tiene que ver con Juan Pablo II, el hombre y su vida de santidad personal. Se trata del hecho de que, a pesar de haber sido testigo de algunos de los peores asesinatos en masa y la opresión del siglo 20, nunca perdió la esperanza. Predicó el Evangelio de la Paz y nos llamó a todos a la vocación del amor. A pesar de que fue víctima de un atentado, nunca perdió la fe. Él perdonó al hombre que le disparó. Encontró la fuerza constante en su relación con Dios y su preocupación por sus prójimos — sin importar cuán marginados pudieran ser.

La beatificación del Papa Juan Pablo II significa que los católicos, y de hecho todas las personas, tienen un modelo de virtud heroica que cada uno de nosotros debiera esforzarse por encarnar. Él demostró el amor al prójimo y la defensa por la dignidad humana, la disposición para romper las barreras y dialogar con personas de otros credos así como la sinceridad para pedir perdón en su nombre y a nombre de la Iglesia.

Este fue el hombre que nos enseñó cómo vivir y que, en el ocaso de su vida, nos enseñó a morir. Fue durante su vida y aun ahora, un hombre para todas las personas, un hombre para todas las estaciones y un ejemplo para todos nosotros.

En su último Mensaje al Consejo Supremo con ocasión de la 122° Convención en 2004, el Papa Juan Pablo nos recordó su convicción, expresada en *Ecclesia in America*, que los fieles laicos "son en gran parte responsables del futuro de la Iglesia. Él nos llamó a "continuar trabajando como fermento en la sociedad a favor de la promoción de la justicia social, la protección de la vida humana y a servir amorosamente en todas las formas posibles a los más necesitados". Estas son palabras que los Caballeros de Colón en todo el mundo, ahora más que nunca, deben seguir tomando a pecho como una guía segura.

En el 50° aniversario de su ordenación sacerdotal, Juan Pablo II escribió el libro *Don y Misterio*, el cual describió como un testimonio personal que ofrecía de manera especial a los sacerdotes del mundo. En él dirigió a los sacerdotes estas palabras, que son también una descripción extraordinaria de su propia vida:

"Si el Concilio Vaticano II habla de la vocación universal a la santidad, en el caso del sacerdote es preciso hablar de una especial vocación a la santidad. ¡Cristo tiene necesidad de sacerdotes santos! ¡El mundo actual reclama sacerdotes santos! Solamente un sacerdote santo puede ser, en un mundo cada vez mas secularizado, testigo transparente de Cristo y de su Evangelio. Solamente así el sacerdote puede ser guía de los hombres y maestro de santidad. Los hombres, sobre todo los jóvenes, esperan un guía así. ¡El sacerdote puede ser guía y maestro en la medida en que es un testigo auténtico!"

Seguramente el Papa Juan Pablo II fue todo esto y mucho más. Que los Caballeros de Colón, por intercesión de él, sigamos su ejemplo más de cerca para que "en un mundo cada vez más secularizado", también nosotros podamos convertirnos en un testimonio rotundo de Cristo y Su Evangelio.

Vivat Jesus!